

UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 11

CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Ramírez, José Enrique. “David, el póster y la historia”. En *Para comprender el Antiguo Testamento*, 122-129. San José: SEBILA, 2019.

Publicación de la Editorial SEBILA de la Universidad Bíblica Latinoamericana.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Dossier 2: David, el póster y la historia

Un comentario reciente a 1-2 Samuel incluye un recuadro titulado “David: historia personal”, en el que se lo presenta en los siguientes términos:

“David no sólo era inteligente y hábil sino también bello, sano y descrito como una persona ‘de buena presencia’. La palabra ‘presencia’ significa literalmente ‘forma’ o ‘contorno’. David era físicamente capaz y atractivo. El atributo final de David, era el mejor: ‘Yahvé estaba con él’. Lo que Saúl no logró comprender es que era el espíritu de Yahvé que estaba en David era lo que lo confortaba, y no simplemente la música” (Cartledge, *Samuel*: 270). Esta valoración de David, en una prestigiosa obra académica publicada en 2001, muestra hasta qué punto la idealización de este personaje ha calado, tanto en la cultura popular, como incluso en los círculos académicos.

Con un acercamiento distinto, encontramos en la *Biblia Latinoamericana* una nota a 1 Samuel 29 titulada “David, el póster y la historia”, en la que se incluye lo siguiente:

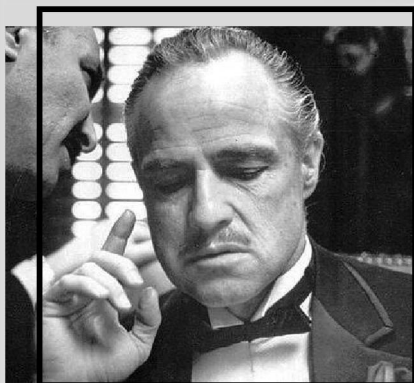
“.. las páginas que se acaban de leer ¿son objetivas cuando lo presentan como la esperanza de los israelitas y

como la noble víctima de un Saúl envidioso y maniaco?

Se podría dar a toda esa historia una interpretación muy diferente: frente a Saúl que, torpemente tal vez, trata de realizar la unidad de las tribus, David juega su propia carta como campeón de la gente del Sur. Con sus guerrillas realiza la unidad de la tribu de Judá, al mismo tiempo que paraliza los esfuerzos de Saúl para unificar a Israel. Quien tendrá éxito en la tarea será David, y Judá, el nuevo advenedizo, desplazará a los que hasta entonces preservaban el ideal de Israel en gestación. David recibirá para su dinastía las promesas de Dios, pero habrá contribuido a arraigar fuertemente los rencores mutuos del norte y del sur, preparando así el cisma, sesenta años después.

Esto nos invita a reflexionar sobre la acción de Dios y la de los hombres en la historia del pueblo de Dios, y sobre la parte también que les toca a los escritores inspirados en la fabricación de la historia santa” (Hurault, *Biblia* 494).

Ciertas obras recientes sobre David, han llamado la atención sobre un hecho pasado por alto hasta ahora: el trillo de



*La calma que precede la tormenta
en las luchas por el poder.*

muerte que conduce al joven pastor desde sus inicios hasta su coronación como rey de Israel. El estudio de esta dimensión de la carrera de David habría sido imposible en el pasado, aún cuando los textos bíblicos que daban testimonio de ello, estuvieron siempre allí. El aura idílica que rodeaba su figura, impedía la distancia psicológica necesaria para una empresa de este tipo. Esto ilustra hasta qué punto los estudios bíblicos son hijos de su tiempo, y en que medida reflejan los valores propios de cada época.

En la actualidad, no se ve inapropiado mirar la trayectoria de David desde una perspectiva política; por el contrario, se considera algo necesario e imperativo. Pero al ver las cosas desde este punto de vista, emergen detalles sorprendentes que aunque siempre estuvieron allí, el pudor había impedido ver. Un libro que ilustra bien este “nuevo espíritu” que impera en la investigación bíblica, es la obra de Baruch Halpern, del Departamento de Estudios Judaicos de la Universidad de Pensilvania. La obra se publica en 2001 con el título de “Los demonios secretos de David” y en su capítulo 4, el libro “penetra el velo textual” de 2 Samuel, reconstruyendo algunos aspectos poco conocidos de la carrera del rey-salmista:

- ◆ David, que había entrado a la corte de Saúl como músico, aparece luego como escudero, y termina acaparando las simpatías del pueblo, que decía: “Saúl mató a mil, David mató a diez mil” 1 Sam 29,5. Este incidente produjo una ruptura entre ambos. En 1 Sam 24,7 David, teniendo la oportunidad de matar a Saúl quien lo persigue, dice a su acompañante: “Yahvé me libre de hacer tal cosa a mi señor, al ungido de Yahvé, y de alzar mi mano contra él, porque es el ungido de Yahvé”. Un poco más adelante, David dice al mismo Saúl: “Acabas de ver que Yahvé te ha puesto en mis manos en la cueva, y han hablado de matarte, pero te he perdonado, pues me he dicho: No alzaré mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Yahvé” 24,11. Estas dos afirmaciones a favor de la inocencia de David, se vuelven a repetir en 26,9-11 y 26,22-2. Esta insistencia del narrador en mostrar la inocencia de David, levanta sospechas.
- ◆ Poco después, Saúl muere a manos de los filisteos, *aliados de David* (1 Sam 31). De nuevo, se nos provee una información conveniente: el narrador deja en claro en el capítulo anterior (1 Sam 30), que al momento de este hecho, David se encontraba librando una campaña contra los amalecitas, lejos de donde se produjo esta muerte. Más aún, al saber que estaba con vida el único hombre que sabía lo que realmente había sucedido, David, aparentemente indignado por el hecho, lo manda a matar, 2 Sam 1,13-16. Con esta persona moría también la posibilidad de cualquier incriminación de David en dicha muerte. Había muerto Saúl, y también la única persona capaz de levantar sospechas sobre la inocencia de David en este hecho. Con esto quedaba libre el camino para que David se convirtiera, finalmente, en rey de Judá.
- ◆ El camino estaba libre, o para decirlo más correctamente, *casi libre*, ya que Saúl había dejado un heredero: Ishbaal. Pronto correría, él también, la suerte de su padre. Una noche, dos hombres entran a su habitación, lo sorprenden dormido y le cortan la cabeza. “Llevaron la cabeza de Ishbaal a David, en Hebrón, y dijeron al rey: «Aquí tienes la cabeza de Ishbaal, hijo de Saúl, tu enemigo, el que buscó tu muerte. Hoy ha concedido Yahvé a mi señor el rey venganza sobre Saúl y sobre su descendencia»” 2 Sam 4,8. David, actuando de igual modo que lo había

hecho antes al enterarse de la muerte de Saúl, responde –aparentemente-indignado: “Al que me anunció que Saúl había muerto, creyendo que me daba buena noticia, lo agarré y ordené matarlo en Sicelag, dándole este pago por su buena noticia, ¿cuánto más ahora que hombres malvados han dado muerte a un hombre justo en su casa y en su lecho, no os voy a pedir cuenta de su sangre, exterminándoos de la tierra? Y David dio una orden a sus muchachos y los mataron” 2 Sam 4,10-12.

- ◆ En el camino de David hacia el trono quedaba aún alguien más, Abner. La historia de este militar encargado del ejército de Saúl, y figura de poder detrás del trono durante el corto reinado de Ishbaal, termina como las anteriores: con un asesinato y con noticias que –con un estilo sobrecargado, se esfuerzan por demostrar *nuevamente* la inocencia de David en el hecho. Tras una ruptura con Ishbaal, Abner hace un pacto con David prometiéndole el apoyo de las tribus de Israel. El relato termina con la frase: “Despidió David a Abner que se fue en paz” 2 Sam 3,21b. Al enterarse de esto Joab, jefe militar de David: “lo tomó aparte en la misma puerta, como para hablarle en

secreto; y le hirió en el vientre allí mismo y lo mató .. Lo supo David inmediatamente y dijo: "Limpio estoy yo, y mi reino, ante Yahvé para siempre de la sangre de Abner .. El rey alzó su voz y lloró junto al sepulcro de Abner" 2 Sam 3,27-28.32.

- ◆ El asesinato de Urías no fue diferente. Un militar de elite, miembro del selecto grupo de “los treinta héroes de David”. Su nombre cierra, precisamente, esta lista de hombres leales a David a costa de todo, 2 Sam 23,39. Es a él, a quien manda a matar David para encubrir la violación de su esposa, que sucede cuando Urías andaba en una misión ordenada por el rey. Después de una estratagema fallida en la que David lo hace venir a Jerusalén, lo envía de regreso al campo de batalla, haciéndole llevar en su mano (¡sin que Urías mismo lo supiera!), la orden secreta que ordenaba su ejecución: “En la carta –David- había escrito: «Poned a Urías en primera línea, donde la lucha sea más reñida, y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera»” 2 Sam 11,15. Al anunciarle Joab a David que Urías había muerto, el rey responde a su general: “No te inquietes por este asunto, porque la espada devora unas veces a unos y otras veces a otros” 2 Sam 11,25.

*“La espada había
dado en Urías.
Había sido
una espada amonita,
guiada por la estrategia de David,
pero empuñada por nadie,
al fin y al cabo.
Fue una espada
que actuó
remotamente,
pasivamente,
sin ningún agente
detrás de ella”.*
(Brueggemann,
Abuse p. 22).



“La espada había dado en Urías. Había sido una espada amonita, guiada por la estrategia de David, pero empuñada por nadie, al fin y al cabo. Fue una espada que actuó remotamente, pasivamente, sin ningún agente directo detrás de ella. No hubo en realidad actores reales, solamente Amonitas, a quienes difícilmente se podía culpar de este hecho” (Brueggemann, Abuse 22).

Las muertes, sin embargo, no terminan allí sino que continúan. Seguirían luego los descendientes de Saúl (2 Sam 21), Amasa (2 Sam 20,4-13), e incluso el mismo Absalom, hijo de David, quien muere a raíz de una revuelta (2 Sam 15 y 18).

Los inicios de esta historia de muertes se hundían en el pasado. En 1 Sam 25 tenemos el caso de Nabal, quien se niega a pagar protección a los hombres de David. En respuesta ante tal negativa “David dijo a sus hombres: «Que cada uno cña su espada.»” 25,13. Abigail, la mujer del hacendado, intenta impedir la masacre y encarnando un gui3n sapiensal (“la respuesta amable calma el enojo” Prov 15,1), ofrece a David lo pedido e impide la masacre.

Nuevamente se nota la insistencia del narrador en demostrar la inocencia de David. Ante la iniciativa de Abigail, David renuncia a tomar venganza de Nabal. El narrador coloca en labios de Abigail la siguiente frase: “Yahvé te ha impedido derramar sangre y tomarte la justicia por tu propia mano” 25,26. La frase se repite dos veces más en el mismo capítulo: v 31. 33. Lo cierto es que, misteriosamente: “al cabo de unos diez días *Yahvé* hirió a Nabal y murió” 25,38. Cuatro versos más adelante Abigail aparece convertida en mujer de David, quien gana con esta relación no sólo una posición estratégica para sus fines políticos en la región de Judá, sino una considerable fortuna personal. Quizás algo más que mera providencia.

Sería sin duda un error de juicio entender estos hechos citados en el marco de la *conducta individual*, como si se tratase solamente de la maldad personal de un individuo. “Lo que tenemos aquí no son sino casos particulares de una cultura militar, que no ve en estos hechos sino *acciones necesarias* y propias de un entorno de violencia, y de una lógica que legitima el poder. Lo que se desea señalar aquí es, precisamente, que es en este *entorno cultural* en el que se ubican muchos relatos de la Biblia. David vivía en una atmósfera de violencia legitimada y requerida. Esta atmósfera no restringe

el uso de la violencia al enemigo, sino que involucra a cualquiera que se atravesase en su camino (Brueggemann, *Abuse* 24).

Como indica W. Brueggemann: “El contexto inmediato de la cultura militar es sostenido por un entorno mayor de codicia y explotación, brutalidad y promiscuidad económica que no tiene límites. Una cultura a la que todos nos vemos, en mayor o menor grado, inducidos. David, Urías y Joab no eran actores en el vacío, sino participantes de una cultura militar a la que el narrador nos permite entrar y ver con su relato” (Brueggemann, *Abuse* 24).

La diferencia que encontramos entre el narrador de los libros de Samuel y un autor como B. Halpern, radica en que para el narrador bíblico Dios es, por decirlo así, la *causa primera* que lo explica todo. Lo que sucede, cómo sucede y cuándo sucede, es algo que Dios mismo determina –aparentemente- sin intervención de nada más. Esta forma de ver las cosas es típica de la visión antigua del mundo. Un autor moderno como Halpern, considera que, independientemente de la intervención que Dios haya podido tener en el desarrollo de los acontecimientos (y sin negar esto), existen causas de tipo económico, psicológico y político (llamadas tradicionalmente *causas segundas*), que explican el desarrollo de los acontecimientos.

Los autores bíblicos saben de estos factores humanos, pero al narrar sus historias dejan estas causas de lado y hablan *como si* no hubiese habido otra causa más que Dios mismo. Así, los ancianos y el pueblo de Israel al verse derrotados por los filisteos dicen: “¿Por qué *nos ha derrotado hoy Yahvé* delante de los filisteos?” 1 Sam 4,3. En caso contrario, de victoria, la explicación era la misma. En su discurso de despedida al pueblo Josué le recuerda al pueblo que: “Uno solo de vosotros perseguía a mil, *porque Yahvé mismo, vuestro Dios, peleaba por vosotros*” 23,10.

Los pueblos del entorno de Israel compartían esta misma visión de mundo. En una inscripción cuneiforme que celebra una victoria militar, al rey vencedor no le interesa que sus enemigos hayan peleado con el sol de frente, a él solo le interesa afirmar: “el brillo del dios Assur, mi señor, los aterró”. Es por ello que en el AT, incluso los enemigos de Israel eran capaces de ver en los problemas mecánicos de sus carros de batalla, la mano del dios israelita: “Yahvé .. sembró la confusión en el ejército egipcio. Enredó las ruedas de

sus carros, que a duras penas podían avanzar. Entonces los egipcios dijeron: Huyamos ante Israel, porque Yahvé pelea por ellos contra Egipto” Ex 14,25s.

Pero no sólo fenómenos militares sino todo tipo de hechos eran explicados por la acción directa de Dios. El origen de las distintas lenguas se explica, según el libro de Génesis, porque Dios decidió confundir el lenguaje de los pueblos “de modo que no se entendieran entre sí” 11,7. Esto explica por qué los autores bíblicos son capaces de afirmar cosas que nos sería imposible afirmar hoy. Amós, por ejemplo, pregunta: “¿Sobreviene una desgracia a una ciudad sin que la haya provocado Yahvé?” 3,6. El profeta no ve problema alguno al afirmar esto, porque para él Dios es la causa directa de todo, incluso de lo malo. Isaías resume esto en términos categóricos: “Yo soy Yahvé, no hay ningún otro, yo modelo la luz y creo la tiniebla, yo hago la dicha y creo la desgracia, yo soy Yahvé. el que hago todo esto” Is 45,6-7. Para estos autores, para quienes no había aún economía, ni política, ni psicología en razón de su escaso desarrollo cultural, todo se explicaba recurriendo a Yahvé como causa primera.

*La palabra inspirada:
garante de legitimidad política*

Tras leer el dossier anterior, resultan algo paradójicas las palabras colocadas en boca de David para Abigail: “Bendita tú que me has impedido derramar sangre y tomarme la justicia por mi mano” 1 Sam 25,33; cf. v 26 y 31. Esta afirmación busca, evidentemente, un efecto. Efecto que se hace explícito en unas palabras colocadas esta vez en labios de Abigail: “el Señor concederá ciertamente a mi señor una dinastía estable, porque mi señor combate las batallas del Señor y en toda tu vida no se encontrará en ti nada malo” 1 Sam 25,28. David mostraría durante su reinado que era capaz de conquistar a sus enemigos externos, de unificar el país internamente, de establecer importantes socios comerciales, de reformular la vida religiosa .. pero no bastaba *el éxito*; era necesaria *la legitimidad*.

“Defenderá a los humildes del pueblo, aplastará al opresor, florecerá la justicia, la tierra dará trigo abundante”. Esta descripción del salmo 72 ilustra lo que la mayoría del pueblo creía acerca de la figura del rey: detrás de él estaba Dios mismo como Rey.

Si el rey no era legítimo, el pueblo no tendría asegurada la prosperidad, ni la justicia, ni la paz. No habría orden en el país, las lluvias no caerían a tiempo, serían pasto de sus enemigos. La legitimidad del rey era un asunto vital ya que sólo ésta garantizaba el vínculo Dios → rey → pueblo. Esto explica el interés del narrador en reafirmar la legitimidad de David, a pesar del recorrido de sangre que lo había llevado al trono: “A partir de aquel día el espíritu del Señor *se retiró de Saúl .. y entró en David* ” (1 Sam 16,13s).